

Maristella Svampa y Enrique Viale, *El colapso ecológico ya llegó: una brújula para salir del (mal)desarrollo*

Buenos Aires, Siglo XXI, 2020, 296 pp.

Azul Mailen Marchio

Abordando los lazos entre la crisis ecológica, la emergencia climática global y las dinámicas territoriales en Argentina, en un constante ir y venir intelectual entre lo global y lo local, la filósofa Maristella Svampa y el abogado ambientalista Enrique Viale proponen su libro: *El colapso ecológico ya llegó* como una brújula para comprender que pasó, que está pasando y que podría pasar, en materia de crisis ecológica, la cual la comprenden en sentido ampliado, como también crisis de nuestra civilización occidental. Lo fundamental de este libro no son sólo los datos sobre los niveles de dióxido de carbono, prácticas contaminantes, información sobre cómo funciona el *fracking* o los acuerdos alcanzados tanto a nivel internacional como regional, si no el énfasis en la trama filosófica de esta crisis, lo cual, como señalan: «nos lleva a preguntarnos de dónde procede nuestra representación de la naturaleza y sobre qué bases se han desarrollado la ciencia y la tecnología en los últimos siglos» (p. 19).

Trabajando con el concepto de Antropoceno, el cual da cuenta que se entró en un nuevo periodo geológico, marcado por la actividad de la humanidad a escala global, y adentrándose en los debates sobre la fecha de comienzo de esta nueva era, consideran pertinente pensarlo, más allá de las disputas en las que el concepto se ve envuelto, como un concepto-diagnóstico que marca un nuevo umbral en las actividades que el humano realiza sobre la tierra. Pensando a largo plazo, podríamos resumir que a lo largo del desarrollo filosófico y político de Occidente, se instauró con Descartes y Kant tanto la separación del hombre del resto de la naturaleza, como la primacía de la Razón, funcionando esto, ya desde la época de la conquista a América,



como el fundamento tanto para el avance de la «civilización» por sobre los pueblos nativos, como para la explotación, hasta hoy día, de los «recursos naturales». Los autores señalan:

Sin duda, ninguna lectura de la crisis socioecológica/climática actual puede dejar de incluir una mirada de largo plazo sobre la dinámica histórica del capitalismo y su vínculo con un determinado régimen ecológico/ambiental y sobre la visión antropocéntrica que permea nuestra civilización. [Pág. 23]

Por lo tanto, los autores nos ayudan a pensar de manera crítica los dualismos de la Modernidad sobre la que se basó la explotación de la naturaleza, que nos trae a la situación de crisis actual, como así también desestimó otros tipos de saberes, promulgando el saber técnico y científico como el único válido, teniendo como consecuencia una especie de obturación del pensamiento a la hora de crear alternativas a la situación actual, estancados en el predominio del pensamiento economista y desarrollista. Este último término será clave en su lucha tanto teórica como práctica, ya que los autores son miembros de diversos colectivos y grupos de investigación y participaron y participan en diversos foros, reuniones, asambleas y congresos latinoamericanos que se ocupan de problemáticas y alternativas a la crisis ambiental, practicando una aguda crítica a la noción de Desarrollo, paradigma impuesto por los países centrales, como una aspiración individual y nacional relacionada con el bienestar económico. Sin embargo, como bien dan cuenta, el profesado desarrollo, en la experiencia latinoamericana, es más bien *mal* desarrollo, ya que perpetúa el rol periférico-colonial de exportador de materias primas, al tiempo que destruye el ambiente, afecta territorios y poblaciones, sin generar ganancias suficientes para enriquecer a la población.

El libro se divide en siete capítulos, más el prefacio y las reflexiones finales. En el primer capítulo van a dar cuenta del concepto de Antropoceno, señalando los factores de esta crisis: el cambio climático por el calentamiento global, la pérdida de biodiversidad, los cambios en los ciclos biogeoquímicos fundamentales para mantener el equilibrio de los ecosistemas, el modelo de consumo actual, el cual de persistir supondrá que «hacia 2030 necesitaremos el equivalente a dos planetas Tierra para mantener a la humanidad, y hacia 2050, tres planetas» (p. 28). También, como parte

del modelo de consumo, realizan una crítica al modelo alimentario direccionado por grandes firmas agroalimentarias, no preocupadas ni por el ambiente, el modo de producción, ni la salud. Desde el desarrollo de estos factores de la crisis darán cuenta de las respuestas a nivel global, señalando los sucesivos informes y reuniones llevadas a cabo, desde 1972 con el informe Meadows: *Los límites del crecimiento*, encargado por el Club de Roma. Las primeras conferencias de las Naciones Unidas sobre el Medio Ambiente, organizaciones ambientalistas como Amigos de la Tierra y Greenpeace, hasta la celebración de la I Conferencia de las Partes (COP) en 1995. Gracias a esta última, que se celebra hasta hoy día, se firmó el Protocolo de Kyoto (1997) y el Acuerdo de París (2015). Si bien detallan cada encuentro, consecuencia y participación de movimientos sociales, destacan la persistencia en el concepto de desarrollo complementándolo del término «sostenible», lo que resulta una contradicción.

En el capítulo segundo: «De lo global a lo regional y lo local» van a centrarse en la experiencia Argentina, denominándola «laboratorio a cielo abierto». Aquí desarrollarán la vinculación entre capitalismo y extractivismo. Pensando en Latinoamérica darán cuenta de lo que denominan «Consenso de los *commodities*» como aquella política pública y económica llevada a cabo por los gobiernos de distintos colores políticos desde finales del siglo XX, consenso que se instala como única alternativa al desarrollo, mientras perpetúa la matriz colonial, dependiente, contaminante e injusta en la región, al tiempo que vincula de modo directo la presión por extraer recursos naturales por parte de los centros capitalistas, demostrando así que crecimiento capitalista y extractivismo son parte de un mismo sistema. Desarrollarán los principales extractivismos que afectan a la Argentina: el agronegocio, la megaminería, el *fracking*, las megarrepresas y las formas de extractivismo urbano. Estos proyectos afectan a los territorios y la población, generando gran resistencia en las distintas localidades. Estos extractivismos están atravesados por el acaparamiento de tierras, la afectación a la salud y la dependencia transnacional.

En el capítulo tercero darán cuenta de los conflictos socioambientales en la Argentina, los cuales comenzaron a ser puntualmente contra proyectos extractivistas locales, para ir vinculándose poco a poco, a la lucha contra el cambio climático. Definirán como *conflictos socioambientales* aquellos «que conciernen al acceso y control

de los bienes naturales y el territorio, que involucran actores enfrentados, con intereses y valores divergentes, en un contexto de gran asimetría de poder» (p. 93). Darán cuenta de diversas luchas en las provincias en oposición a proyectos extractivistas, principalmente en vinculación con el uso del agua y su contaminación, como el caso de proyectos mineros, tomando como ejemplo el caso de dos grandes movilizaciones que lograron poner freno al intento de los gobiernos provinciales de Mendoza y Chubut de avanzar con la modificación de leyes que prohibían la minería con sustancias químicas. Otro éxito, vinculado al movimiento social y el cambio climático a nivel urbano, fue la promulgación en 2019 de la declaración de la Emergencia Climática y Ecológica y la ley de Presupuestos Mínimos de Adaptación y Mitigación del Cambio Climático Global.

Lamentablemente, lo que denominan «giro ecoterritorial» y la vinculación progresiva entre justicia social y justicia climática en Argentina, si bien tienen éxitos puntuales, se ven avasallados por lo que denominan en el capítulo cuatro como «casos emblemáticos». En primer lugar, desarrollarán la implementación del glifosato, siendo Argentina el mayor aplicador de glifosato por persona del mundo, más allá de la cantidad de estudios y evidencia científica que vinculan su uso con graves problemas para la salud. Otro caso es el del peor desastre socioambiental en el país, siendo responsable la minera canadiense Barrick Gold, la cual en un derrame de cianuro en 2015 contaminaron cinco ríos, movilizándolo a la población de la provincia afectada, San Juan. Los autores desarrollan el alcance de esta movilización, las consecuentes investigaciones y como en una trama de corrupción y poder, público-privado, no sólo la minera continuó trabajando sino que menos de un año después, sucedió otro derrame, sin consecuencias para la empresa. Hasta el día de hoy, la minera, con apoyo de los altos mandos políticos y de la justicia de la provincia, y aval de la Corte Suprema de la Nación Argentina, continúa extrayendo oro y plata, ignorando la ferviente oposición de la población y la afectación a zonas periglaciales que deberían ser protegidas por la ley de Glaciares promulgada en 2008. Otro de los casos que desarrollan es Vaca Muerta, de donde se extrae hidrocarburo no convencional, y el litio. Ambos presentados como modos de desarrollo, e incluso como parte de la transición energética, pero de los cuales los autores demuestran sus limitaciones por la gran necesidad de agua en el proceso de extracción, empeorado por ser proyectos

instalados en zonas áridas del país, la extensión territorial, los productos químicos, etc. En el caso de Vaca Muerta, donde se extrae con el método del *fracking*, se documenta la provocación de sismos y la posibilidad a corto plazo de convertirse en activos obsoletos por la tendencia mundial a dejar de invertir en energías fósiles; y en el caso del litio, se ve la importancia de considerar los salares como humedales y la afectación a población indígena que vive gracias al agua de la región. Por otro lado, el litio también plantea el interrogante sobre el consumo, ya que si bien podría ser parte de una transición energética, no podría sostener el consumo actual modificando únicamente la fuente de la energía, y tampoco sería justo que sea parte de la transición energética del *centro* mundial, a expensas de la desposesión de las comunidades locales y la destrucción de la naturaleza.

En los capítulos 5 y 6 van a desarrollar lo que aquí mencionamos al principio, las críticas al desarrollo desde la periferia, el consenso de los *commodities* implementado por los gobiernos latinoamericanos, principalmente desde comienzos de siglo. Señalan que:

[...] el desarrollo es una de las ideas fuerza de la Modernidad. Pese a las graves críticas en su contra, el productivismo, el antropocentrismo y la ilusión eldoradista continúan siendo los pilares fundamentales del imaginario dominante, que nutren el sentido común hegemónico, en especial en América Latina. [P. 172]

Considerando el desarrollo como el destino común de la humanidad, se destruyeron otros estilos de vida y dividen el mundo en relación a la posesión bienes materiales, sin embargo, como desarrollaron y continúan en este capítulo, el *fracking*, la falsa oposición entre lo social y lo ambiental, y la nueva dependencia con China destruye modos de vida obturando otros modos posibles de habitar, de los cuales las ciencias sociales y humanidades comenzaron a darán cuenta desde el giro ontológico, la ampliación de derechos a la naturaleza, los ecofeminismos y feminismos populares y la necesidad de vincular la ciencia con otros saberes, dejando de pretenderse absoluta y universal.

Por último, en su propuesta de proporcionar una brújula para salir de los modelos de desarrollo imperantes, en su búsqueda de articular la justicia social con la ambiental, para que la transición sea para todos, analizaran los dilemas de la transición

energética, considerándola un conflicto crucial en nuestras sociedades *petroadictas*, y buscaron ofrecer las experiencias de la agroecología como modo de repensar el modelo alimentario. Durante el desarrollo de este último capítulo y en las reflexiones finales, resulta fundamental, por un lado, movernos del paradigma catastrófico de ciertos relatos de la actualidad que sólo sirven para mantener las cosas como están, y por otro, pensar el modo de vincular prácticas locales con la organización global, es decir: buscar el modo en que proyectos alternativos que funcionan en pequeñas escalas, puedan traducirse en proyectos políticos de alcance global.

Habrà que sostener una confrontación colectiva con el poder global y sus expresiones locales y territoriales, y pensar articulaciones entre utopías concretas y proyectos nacionales; habrá que asumir el desafío de elaborar un gran pacto ecosocial y económico desde el Sur, en clave nacional y latinoamericana, si verdaderamente se apuesta a que las decisiones sobre el futuro del planeta y de la humanidad no continúen secuestradas por una exigua elite política y económica que atenta contra la sostenibilidad de la vida. [P. 276]

Así, Svampa y Viale, a través del recorrido entre los impactos, movimientos y decisiones globales, y los impactos, movimientos y decisiones locales, nos presentan un panorama complejo en el que la humanidad debe decidir qué rumbo tomar, abriendo las posibilidades de pensamiento más allá de las premisas de la Modernidad y así, desde el giro ontológico y territorial, comenzar a diseñar otros mundos posibles, ampliando los derechos a Gaia o Pachamama, de la cual el humano no puede desvincularse, comprender la inextricable unidad de los ecosistemas, de los que dependemos, y así proyectar políticas alternativas al desarrollo que nos trajeron al colapso en el que nos encontramos. Resulta fundamental comprender que los dualismos de la Modernidad aquí reseñados, cristalizados en la filosofía en Sujeto-Objeto, Ciencia-Política, Naturaleza-Cultura, deben superarse a la luz del Antropoceno para poder establecer diálogos ampliados en la construcción de nuevos horizontes, abriendo paso a la multiplicidad de mundos, propio del giro ontológico. Occidente debe poder reconocer diversos modos de habitar, implosionando así el concepto de desarrollo, devenido universal. Los retos son múltiples, las escalas son diversas y la complejidad del presente, requiere soluciones complejas. Nos cabe preguntarnos cuál es el vínculo que realmente puede establecerse entre experiencias

locales diversas, tanto de resistencia como de implementación de alternativas al modelo actual, con los poderes globales, los cuales parecen persistir, más allá de las advertencias, con la pretensión desarrollista, ahora en clave sostenible, pero presionando a los países alternos en cuanto a la extracción de sus recursos.

Podríamos decir que dada la complejidad de los cambios que deberían comenzar a producirse, las esperanzas de mejora se ven menguadas. Sin embargo, si pretendemos desterrar los absolutos y mover la razón del centro de la acción histórica complementándola con otros modos de saber, debemos dejar el futuro abierto a estos pensamientos otros, estas «líneas de fuga», que podrían generar, poco a poco, diversas experiencias que terminen conformando otro mundo por venir.

